

**ALOCUCIÓN A LOS ALUMNOS DE LA  
ESCUELA NORMAL DE COSTA RICA**

**Tranquilino Sáenz Rojas**

*Páginas escritas por el Profesor don Tranquilino Sáenz Rojas, que formarán parte de un libro en preparación por la Asociación Ala.*

Señores:

Me ha honrado el Sr. Director de esta Escuela Normal con la comisión de dirigir la Asamblea de este segundo lunes de tareas lectivas del corriente año, y yo acepté gustoso la designación, porque ella me da la oportunidad de dirigirme a toda la Escuela Normal, solicitando su valiosa cooperación en el desarrollo de las lecciones de Educación Cívica que he de tener a mi cargo en Quinto Año, por designación del señor Director de esta Escuela.

La elección del asunto que deberé desarrollar en esta Asamblea fue el primer obstáculo que hube de vencer; aunque tenía confianza plena en que me escucharíais con benevolencia. Debía escoger un asunto que os fuera grato, para no sujetarnos a la dura prueba de oír con paciencia benedictina mis deshilvanadas frases; en este particular he tratado de ser lacónico en mi exposición; por su parte el señor Director resolvió la dificultad, indicándome: “debe tratarse en la Asamblea de alguna de las virtudes encaminadas a despertar buenos hábitos para las lecciones prácticas de Educación Cívica”. Esta breve indicación me sugirió la idea de ocupar vuestra atención en esta hermosa mañana de Primavera sobre tres cualidades que en mi concepto han de llegar a ser el mejor adorno de un personal tan variado como lo es el formado por esta distinguida Asamblea, donde encontramos ejemplares del mundo escolar de todos los ámbitos de nuestra patria.

Franqueza - Humildad - Lealtad.

La franqueza es sinceridad en los afectos, en los actos y en las ideas. La persona franca expresa sus afectos con espontaneidad y nos atrae con sus sinceras muestras de cariño; sus ideas siempre generosas hallan la ocasión de traducirse en servicios en bien de sus semejantes; el escolar que por naturaleza tiene esta atractiva dote, es un elemento muy útil para la mejor educación de sus compañeros de labores, porque practica la cooperación; pero hay sujetos de una franqueza tal que pierden el concepto de propiedad, porque miran lo que poseen como cosas que no son suyas sino del primero que les sale al paso; tales sujetos dan por dar, sin tener en cuenta que aquellas cosas de que se desprenden les son al pródigo más necesarias que a la persona agradecida. Esta clase de franqueza, como ocurre con todas las virtudes, llega a hacerse enfermiza, desde que se exagera: los extremos son vicios, la virtud está en el medio. Cuando se ha hecho vicio, incapacita al pródigo para la administración de sus bienes y la sociedad, que debe velar

por estos incapaces, ha creado dos instituciones de derecho para impedir la disipación de sus bienes, son ellas: la tutela y la curatela.

La franqueza en el trato con nuestras amistades ha de ser discreta: no se han de señalar defectos, que antes que corregir humillan a quienes se los echamos en cara; no hemos de usar expresiones impertinentes que lleguen a abochornarnos, cuando restablecida la serenidad meditamos en que las hemos dicho. Debemos sí cultivar aquella franqueza que evita con el mayor cuidado tener que disimular. La que va acompañada siempre de discreción, que es elemento de freno y de dominio. Esa discreción, de la que decía un sabio, que hay más ocasiones en la vida en que nos arrepentimos de haber hablado que de haber callado; esa discreción, en fin, que llevamos en nosotros a la manera de armadura, que nos permite ser agradables y oportunos y que nos cierra los labios cuando nos sentimos inclinados a herir.

Debemos cultivar esa franqueza, ataviada de buenas intenciones, que nos hace tratar con guante de seda a quienes queremos corregir de defectos capaces de ser limados, pues que no nacen de imperfecciones naturales inaccesibles a nuestra voluntad. ¿A qué fin echar en cara a un compañero nuestro su fealdad física, cuando él es el primero en lamentarla y cuando nos consta que hace cuanto puede por disimularla?

Cuando nuestro Dictador Perpetuo Lic. don Braulio Carrillo, que acababa en 1838 de separar nuestro Estado de la Unión Centro Americana, trabajaba activamente por proveer los puestos públicos de empleados laboriosos como él, no paraba mientes en que éstos fueran bien parecidos; así era que se trabajaba sin descanso en el despacho de solicitudes de empleos, y su amanuense, un señor Tijerino, feo como Picio, no se daba punto de reposo comunicando nombramientos.

A la Casa del Gobierno llegó, con el propósito de obtener un empleo, un cínico de entonces de apellido Sequeira. Este, con la desfachatez acostumbrada, desgarraba a granel en los oídos del Dictador, lamentaciones conmovedoras adornadas de frases picarescas: “Déme un destinito, don Braulio, que Dios se lo abonará a su cuenta después de esta vida mortal “. ¿Qué destino puedo darte, respondió el Dictador, con esa cara que tienes? ... Mi cara, dijo Sequeira, echando una mirada maliciosa al amanuense que no dejaba de escribir, sería otra si el Sr. Tijerino quisiera prestarme la suya. Un gruñido furioso del amanuense y la carcajada de Carrillo pusieron término a la solicitud de destino de Sequeira.

Pasemos a la humildad.

Es ésta la prenda más atrayente de la mujer, porque formada de bondad y de justicia es una fuente fecunda de paz y de sosiego. Con ella la mujer tiene un poder formidable. Lo que no obtienen el Imperio, el mandato, el grito, la impertinencia, lo consigue mansamente la humildad. La mujer humilde no se deja arrastrar por la vanidad, ni por el orgullo, no pretende deslumbrar la atención; se conduce en la vida con una claridad generosa que se traduce en beneficios para cuantos la rodean. Cuanto más encumbrada

esté y se halle más mimada de la fortuna, más rasgos apreciables rodearán a la mujer, si es humilde de carácter, porque será más seductora y su virtud atrayente servirá de deslumbrante marco que hará resaltar las bellezas que la adornan, tanto físicas como morales. La persona humilde es bondadosa y serena, y quien tales prendas tiene está naturalmente inclinada a realizar el bien.

Una matrona que brilló en esta ciudad de Heredia, como poseedora en alto grado de tan atractiva virtud, fue la benefactora doña Esmeralda v. de Morales, cuyo nombre ha quedado vinculado al Hospital, al Cementerio y a las instituciones de Beneficencia, porque singularmente adornada de esta virtud, siempre estuvo pronta a tender su mano protectora a los necesitados que acudían a sus puertas en busca de un auxilio, con la confianza que infunde la seguridad de ser atendido con cariño, porque la generosidad de tan noble matrona jamás reconoció límites.

La tercera cualidad a que deberé referirme ahora es a la lealtad; esa virtud básica sobre la cual descansan todas las que forman el carácter de un buen ciudadano. Con la lealtad, la vida discurre armoniosa, confiada, tranquila. Podemos estar siempre seguros. La lealtad está siempre a favor de los afectos nobles: amor, ternura, amistad. La persona leal es, antes que todo, desinteresada; tendrá como deshonor faltar a la palabra empeñada, a la promesa hecha; defenderá en toda ocasión y sostendrá en alto el honor de las personas que en ella han puesto su confianza.

¡Qué hermoso ejemplo de lealtad el de nuestra Escuela Normal, elevando un altar en el corazón del alumnado para rendir un modesto culto al buen educador don Omar Dengo, de modo que se perpetúe su nombre a lo largo de las generaciones que vayan pasando por estas aulas, animados todos del ejemplo de rectitud, trabajo y consagración a la enseñanza que en vida supo imprimirle a esta casa de educación y que al desprenderse de la vida él entregó a sus discípulos para que continuaran su obra de perfeccionamiento, para obtener en lo futuro una Patria de ciudadanos íntegros, que hagan respetable nuestro diminuto país!

En completa oposición a la lealtad encontramos a aquellos envidiosos que tratan de escalar las alturas de la fama, apagando el brillo de la verdadera gloria para elevarse un falso trono sobre los despojos que han logrado obtener con sus trabajos de zapa y con sus siniestros tejidos de malevolencia a sus víctimas, a quienes despedazan sin misericordia. A estos desmedidos envidiosos les viene como anillo al dedo el tan conocido epigrama:

*¡Persigue el gato al ratón,  
no por servir a su dueño;  
más con natural empeño  
de maligna oposición.  
¡Cuántos hay que tales son,  
viéndose en alta privanza,  
que con rastrera asechanza  
y depravada malicia,*

*fingen amar la justicia  
para ejercer la venganza!*

Quiero para terminar esta alocución haceros un ruego: procuremos siempre no hacer daño a nuestros semejantes, porque el mal que se hace a otro deja un sabor demasiado amargo en el alma. En cambio, ¡qué satisfacción de espíritu deja un acto realizado de acuerdo con la lealtad, la humildad y la franqueza; hay que cultivar estas cualidades que abren el camino para ser bueno y la bondad es la perfecta belleza, ya que nada hay en la vida que valga tanto como ser bueno.

Os recordaré para concluir esta Asamblea la fabulita que Esopo tituló:

### LA CASA DE SÓCRATES

Edificaba Sócrates una casa para vivir y como no era rico,  
hacíala pequeña y de poco lujo:

¡Vaya una fachada!, dijo uno.

¡Vaya un costado!, murmuró otro. ¡Qué habitaciones!, dijo un tercero.

¡Ni aun lugar hay en ellas para moverse!

Pequeña y mala es la casa que hago, dijo el filósofo;  
pero, ¡ojalá logre llenarla de hombres buenos!